

SIN ATAJOS

élder Robert L. Simpson
del Primer Quórum de los Setenta



"Jóvenes de linaje escogido, jóvenes del sacerdocio real, tened fe para que podáis llegar a ser un Nefi moderno. Sí, reconocernos que es difícil a veces, pero las recompensas son innumerables."

Mis queridos hermanos, y vosotros, jovencitos del Sacerdocio Aarónico; estoy encantado de veros aquí, y muy complacido de que hayáis cumplido con el Señor en esta ocasión al venir a esta importante reunión del sacerdocio.

¿Dónde estaríamos sin la fe de los jóvenes? Tengo en la mente a un joven llamado David en el Antiguo Testamento. Recuerdo a un joven llamado Nefi en la historia del Libro de Mormón. Y también tengo presente a un joven de quince años, que tuvo fe y llegó a estar a la cabeza de esta dispensación. Me siento muy agradecido por el emprendimiento de los jóvenes y la fe y el discernimiento que poseen.

Quisiera relataros un cuento: un ministro llegó al punto en que creía tener suficiente fe para poder caminar sobre el agua. Entonces anunció a todos que lo podría hacer y llegaron personas de todos lados a presenciar la hazaña. Había miles de personas allí y en la primera fila estaba un diácono de nuestra Iglesia. El jovencito tenía mucho interés en esta clase de fe. Había oído hablar de ella en la Escuela Dominical y en las noches de hogar, y allí estaba, a pocos metros del agua.

Cuando el ministro se acercó al agua, se detuvo un momento, y mientras procedía a arremangarse los pantalones, el joven exclamó: "¡Señor, no podrá hacerlo!" Y así fue.

No hace mucho me quedé impresionado con un grupo de jóvenes del Sacerdocio Aarónico que estaban reunidos con sus obispos y asesores para hablar del evangelio. Se trataba de una reunión informal para intercambiar ideas y razonar juntos (véase D. y C. 50: 1 O.). Por los saludos y comentarios iniciales me di cuenta de que cada uno de los jóvenes respetaba a su obispo y apreciaba a sus asesores. También era obvio, por lo que decían, que amaban al Señor. Pero, a pesar de eso, algunos de ellos todavía tenían dudas sobre algunos puntos. Tres preocupaciones principales surgieron en la conversación esa mañana. Primero, la pregunta: "¿Por qué es tan difícil la vida?"

Un poco después, un joven de unos quince años, preocupado por la presión de sus amigos que iba en aumento en la escuela, comentó: "No estoy seguro de que valga la pena".

Y por último, todos preguntaron: "¿Cómo podemos saber con seguridad que la Iglesia es verdadera?"

Estas dudas no son nuevas; son tan viejas como la humanidad. Tampoco son exclusividad de unos cuantos. Dudo que haya una persona en esta vasta congregación que no se haya hecho estas preguntas durante su vida.

Comencemos con la primera, sobre lo difícil que es la vida. Me gusta lo que dijo tino de los jóvenes de seminario: "La vida aquí no es peor que lo que nos dijeron que sería en la existencia premortal; y de acuerdo con lo que dijo mi maestro de la Escuela Dominical, gritamos de alegría y no sólo aceptamos venir a la tierra sino que rogamos tener la oportunidad".

Uno de los asesores buscó un pasaje de las Escrituras para mostrar que el Señor siempre está dispuesto a ayudarnos en momentos difíciles, si hacemos nuestra parte. Y leyó:

"He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo." (Apocalipsis 3:20.) ¿Os disteis cuenta, jóvenes, de que es nuestra la tarea de abrir la puerta? Pienso que el Salvador nos da otra clave importante cuando dice: "porque separados de mí nada podéis hacer" (Juan 15:5). ¡Es una potente declaración!

¿Recordáis el siguiente comentario? "No estoy seguro de que valga la pena." Uno de los obispos preguntó inmediatamente: "¿Crees que valdría la pena hacerte digno de recibir algún día todo lo que tiene el Padre?" Y a continuación nos recordó que esa promesa es la esencia misma del juramento y el convenio del sacerdocio. Leamos juntos estas palabras de la sección ochenta y cuatro de Doctrina y Convenios en cuanto a esta sagrada obligación que todos compartimos por igual. Escuchad atentamente; voy a comenzar con el versículo treinta y tres:

"Porque quienes son fieles hasta obtener estos dos sacerdocios de los cuales he hablado, y magnifican su llamamiento, son santificados . . ." y siguiendo con el versículo treinta y ocho:

"Y el que recibe a mi Padre, recibe el reino de mi Padre; por tanto, todo lo que mi Padre tiene le será dado.

"Y esto va de acuerdo con el juramento y el convenio que corresponden a este sacerdocio." (D. y C. 84: 33, 38-39.)

Mis jóvenes amigos, daos cuenta de que estas condiciones que acabamos de leer son fijas. Todas han sido confirmadas. Ya se nos ha conferido la autoridad del sacerdocio. El Señor ha prometido que todos los que magnifican el sacerdocio tienen garantizada la vida eterna, que de acuerdo con las Escrituras es el más grande de todos los dones de Dios (D. y C. 14:7). El que se nos haya ordenado significa que hemos emprendido el camino, y no sólo eso, sino parece que hemos llegado al punto de no poder volvernos atrás, porque el Salvador nos asegura que este es un juramento y un convenio del Padre "que él no puede quebrantar, y que tampoco puede ser traspasado". (D. y C. 84:40.)

Permitidme hacer un comentario al margen. Cuando leímos esta escritura sobre el juramento y convenio que no puede romperse ni alterarse, uno de los muchachos

dijo: "¿Y en qué queda mi libre albedrío en todo esto'?" Un joven que hacía poco había sido ordenado presbítero le contestó: "Ejercimos el libre albedrío en la vida premortal; la gente decide bautizarse antes de ser bautizada; nosotros escogemos renovar el convenio bautismal cada semana con la Santa Cena; estuvimos de acuerdo con las condiciones del sacerdocio durante la entrevista con el obispo. No, no creo que se haya violado nuestro libre albedrío".

Él tenía razón; no se ha violado nuestro libre albedrío.

Yo espero que nadie que haya tomado sobre sí el sagrado convenio del sacerdocio se desespere al punto de darse por vencido y decir: "Lo siento; es demasiado difícil". Nefi tuvo muchos problemas con Lamán, Lemuel, Labán, y muchos más, pero se dio cuenta de que todo el poder del cielo estaba de su lado. Recordemos lo que dijo: "Iré y haré lo que el Señor ha mandado, porque sé que él nunca da mandamientos a los hijos de los hombres sin prepararles la vía para que puedan cumplir lo que les ha mandado" (1 Nefi 3:7).

En ese momento, uno de los diáconos dijo en broma: "Ah, sí, ¡pero Nefi no tuvo que ir a mi escuela! "Con eso quiso decir que su problema era casi tan grande como el de Nefi, sólo que distinto, y puede que tenga razón, pero el punto es éste: el Señor no abandonó a Nefi, ni abandonó al profeta José Smith cuando estaba en la Cárcel de Liberty, y no abandonará a un joven al que lo tienten sus compañeros en la escuela o al que tenga cualquier otro problema.

Todos los que queremos estar preparados para recibir las grandes bendiciones asociadas con la autoridad del sacerdocio que poseemos tenemos que pasar de vez en cuando por la purificación que Dios escoja. Con la misma certeza de que estamos aquí, os aseguro que el proceso es exactamente el mismo para una Autoridad General, un obispo, un élder o un diácono. Debemos tratar de entender que cuando tenemos pruebas es posible que se nos esté preparando para algo. Sí, vale la pena, jóvenes, os aseguro.

Ahora, la tercera pregunta: ¿Cómo podemos saber con seguridad que la Iglesia es verdadera'?" ¿Puede una persona obtener un testimonio "perfecto" en esta vida? Yo pienso que todos estamos todavía en el proceso interminable de desarrollar un testimonio. Jóvenes de Sión, olvidaos de recibir un milagro, o la llamada señal segura del ciclo. No hay atajos para llegar a la eternidad. Por lo tanto, mucha paciencia es una clave necesaria para desarrollar nuestro testimonio durante toda la vida. Es simplemente "línea sobre línea, precepto sobre precepto; un poco aquí y otro poco allí", tal como dicen las Escrituras (D. y C. 128:2 I).

Hay algunos principios básicos que nunca cambian en el desarrollo de un testimonio.

Usemos el Libro de Mormón como ejemplo. La promesa que se encuentra en Moroni 10:4, que todos conocemos, dice que debemos leer el libro, y luego preguntar a nuestro Padre Celestial con un corazón sincero y fe en Cristo. Entonces

dice que después de hacerlo, se nos manifestará la verdad por medio del Espíritu Santo.

Ya se trate de un testimonio del Libro de Mormón, de los diezmos, la Palabra de Sabiduría, la ley del ayuno, la santificación del día de reposo, o cualquier otro principio, el proceso es exactamente el mismo. Primero debemos entenderlo por medio de las Escrituras, entonces vivir lo mejor posible y después preguntar a nuestro Padre Celestial con un corazón sincero y fe en Cristo; entonces se nos manifestará la verdad de ese principio por el poder del Espíritu Santo.

Si queréis saber la verdad, informaos, estad dispuestos y sed receptivos.

Informaos sobre la verdad leyendo las Escrituras y escuchando a los líderes inspirados.

Estad dispuestos a vivir esa verdad lo mejor posible.

Sed receptivos a los dones del Espíritu mediante vuestra dignidad personal para que podáis recibir su guía y reconocer cuando la recibáis.

Jóvenes de linaje escogido, jóvenes del sacerdocio real, tened fe para que podáis llegar a ser un Nefi moderno. Sí, reconocemos que es difícil a veces, pero las recompensas son innumerables. Y nunca olvidéis esto: cualquiera que haya sido preordenado como vosotros lo habéis sido, cualquiera al que se le haya otorgado el don del Espíritu Santo como a vosotros y cualquiera al que se le haya conferido la autoridad del sacerdocio como a vosotros, encontrará que tiene la habilidad de adquirir un fuerte testimonio, un testimonio que nunca debe dejar de crecer. Como el profeta Josué, "escogeos hoy a quien sirváis . . . pero yo y mi casa serviremos a Jehová" (Josué 24:15). Y os aseguro que si lo hacéis, "la doctrina del sacerdocio destilará sobre [vuestra] alma como rocío del cielo" (D. y C. 121:45). Ruego humildemente que así sea, en el nombre de Jesucristo. Amén.